

5. Memorizar la palabra de Allāh

La lectura del Corán constituía una necesidad básica en la vida religiosa de mudéjares y moriscos. Bien como acto piadoso íntimo o como parte de la liturgia colectiva de los distintos ritos de paso (nacimiento, circuncisión, matrimonio, muerte, etc.), los testimonios inquisitoriales dan cuenta de los desvelos de estas minorías por aprender a *leer arávido*.

Las primeras letras solían aprenderse en el hogar, de mano de los padres, que instruían a sus hijos en los rudimentos del árabe, una lengua que, en realidad, ya no hablaban. Los que tenían medios para pagar una instrucción, acudían a madrasas o escuelas coránicas. De gran prestigio era la de Granada, fundada en época nazarí; mientras que en zonas rurales de Valencia y Aragón funcionaron pequeñas escuelas clandestinas en casas particulares, así como maestros itinerantes.

Más allá de la recitación y comprensión de las palabras del Corán, la memorización del libro sagrado constituía un mérito indiscutible para el creyente. Entre las mujeres alfaquinas y memorizadoras del Corán, destaca la Mora de Úbeda. A ella recurre en búsqueda de su sabiduría y elocuencia el célebre morisco castellano, Mancebo de Arévalo. El conocimiento del Corán que poseía esta anciana granadina le permitía *dar grandes brincos sobre nuestro onrado Alcorán*, es decir, citar alternativa y convenientemente diversas azoras y aleyas.

Uno de los métodos mnemotécnicos empleados por los moriscos en el aprendizaje del Corán consistía en su recitación comenzando por las últimas azoras, más breves y fáciles de *decorar* o aprender *de corazón*. Aunque conocido este método en otras sociedades islámicas, la singularidad de los testimonios moriscos radica en el uso del soporte papel en el que se escriben estas copias inversas.

